

CAPITULO IV.

Al dia siguiente notóse en las calles de Venecia aquella especie de misterioso rumor y desconfiada curiosidad tan característica de los Venecianos. Acudian en confuso tropel las gentes á ver las columnas de

granito , casi en la persuasion de encontrar al Bravo ocupando su puesto ordinario y mofándose audazmente del bando y de la República ; pues habiéndosele tolerado presentarse por tanto tiempo libremente en público , nadie creía que pudiese dejar con facilidad sus contraídos hábitos. Pero viendo esta vez desvanecidos sus pensamientos , no hubo quien no encareciese altamente la justicia del Senado.

De este modo pasó el día , sin llamar la atención de los Venecianos mas que sus habituales ocupaciones : continuaron las preces de los difuntos con poca ó ninguna interrupcion , y celebráronse misas en los altares de casi todas las iglesias por el descanso del alma de Antonio. Sus compañeros , desconfiados siempre , aunque por otra parte harto lisongeados su amor propio , miraban con cierto recelo las sagradas ceremonias ; pero antes de concluirse

la tarde confundiéranse ya con ellos los mas humildes servidores de la oligarquía , porque el medio favorito que emplea esta clase de poder es el de apaciguar con lisonjas á los que descontenta con injusticias. Tal es el espíritu humano : la costumbre de vivir esclavo produce un profundo sentimiento de respeto aunque aparente , que inspira á los que se encuentran bajo su influencia una especie de gratitud siempre que sus superiores descienden del teatro de su grandeza y confiesan hallarse tambien sujetos á las flaquezas humanas.

Llenóse de gente la plaza de S. Marcos á la hora acostumbrada : los patricios desampararon el Broglio como de ordinario , y el regocijo llegó á su colmo antes que el reloj hubiese dado la segunda hora de la noche. Dejáronse ver entonces en los canales innumerables góndolas llenas de nobles damas ; corriéronse las celosías de

los palacios para dar libre entrada á la fresca brisa del mar, dejándose oír al mismo tiempo las músicas y canciones en el puerto, en los puentes y debajo de los balcones de las hermosas; sin que pudiera interrumpir el curso de los placeres la idea de no verse todavía vengado al inocente.

En aquel tiempo, como hoy día, viéranse situados en la orilla de los canales muchos palacios de casi regia magnificencia; y como ya el lector se halle enterado de la de uno ó dos de estos suntuosos edificios, guiaremos su imaginacion por otro que no lo era menos.

La singular construccion de Venecia, á causa de su localidad en medio de las aguas, contribuye á que todas las casas ricas tengan uniforme apariencia. La habitacion donde la historia conduce nuestros pasos, tenia su entrada por la parte del

agua, pórtico, maciza escalera de mármol, zaguan descubierto, magnífica hilerera de aposentos, preciosas pinturas, candelabros y pavimentos de ricos jaspes como los ya descritos.

Eran las diez de la noche. Una familia poco numerosa, pero interesante, formaba en esta morada un cuadro sobrado risueño. Un padre, que llegara apenas á la edad madura, en cuyos ojos brillaban á un tiempo la viveza, el espíritu, el ingenio, la humanidad, y en este momento el amor paterno, estrechaba tiernamente contra su corazón á un niño de tres á cuatro años, tan contento y arrebatado de júbilo como el que le diera el ser. Una hermosa veneciana de rubias trenzas y purpurinas mejillas, como las que solia el Ticiano pintar á las mugeres, recostada en un sofá, siguiendo con la vista todos los movimientos de dos objetos amados con el

sentimiento propio de una madre y de una esposa, sonreíase de la bulliciosa alegría de su hijo. Una doncella, perfecta imagen suya y cuyos cabellos le caían hasta la cintura, jugaba mas allá con un niño de edad tan tierna, que solos los ojos de una madre podrian descubrir en él las señales de una inocente inteligencia.

Tal era la escena que presentaba esta familia cuando el relox de la Piazza dió las diez, á cuyo lúgubre sonido el patricio puso el niño en el suelo consultando en seguida su muestra.

— ¿Piensas salir en la góndola, querida? preguntó á la hermosa de las trenzas rubias.

— ¿Contigo, Paolo?

— No, amada mia : tengo negocios que

han de ocuparme hasta pasada la media noche.

— ¡Siempre has de hallar pretextos para huir de mi compañía !

— No, Giuletta; he citado para esta noche al administrador, y conozco demasiado tu corazon para creer que intentes detenerme cuando se trata de los intereses de nuestros hijos.

Doña Giuletta tiró del cordon de una campanilla, á cuya señal compareció una criada á quien ordenó traerle el manto y cuidar de acostar los niños. En seguida bajó á la puerta del agua acompañada de la hija mayor y de su esposo, que no se separó de ella hasta dejarla en la góndola, y allí al despedirse besó su mano con ternura, porque felizmente consultara en

su enlace la inclinacion al tiempo que los intereses.

— ¿Has preparado el gabinete para mis amigos? preguntó á un criado de confianza el señor Soranzo, pues era el mismo senador que acompañaba al Dux al presentarse este á los amotinados pescadores.

— Sí, señor.

— ¿Tendremos en él sosiego y luz, según he prevenido?

— Cumpliéronse vuestras órdenes, señor.

— ¿Y has puesto asiento para seis personas? Seremos seis... ¿lo entiendes?

— Hay seis taburetes, señor.

— Bien. Cuando llegue el primero de mis amigos, iré á reunirme con él.

— Excelencia, ya han llegado dos caballeros con máscara.

Soranzo se estremeció al oír esto; consultó de nuevo la muestra, y dirigiéndose precipitadamente á una sala retirada y silenciosa del palacio, abrió una puertecilla que daba paso á un aposento en el cual encontró á dos de los individuos que aguardaba.

—Perdonadme, señores, les dijo algo cortado: el tiempo se pasó sin haberlo advertido... Pido vuestra gracia, señores: mi exactitud en lo venidero reparará esta negligencia.

Los senadores eran de mas edad que el dueño de la casa: advertiase en su endure-

cido semblante que estaban mas habitua-
dos al trato del mundo que Soranzo, y re-
cibieron sus excusas con urbanidad; des-
pues, por espacio de algunos minutos,
giró la conversacion sobre asuntos indife-
rentes.

— ¿ Podemos contar aquí con el silen-
cio? preguntó uno de ellos.

— Con el del sepulcro. Nadie pisa esta
estancia sin permiso de mi esposa, y ac-
tualmente se halla respirando el fresco de
la noche en los canales.

— Dicese, señor Soranzo, que vuestra
union es de las mas felices. Sin embargo,
creo que conoceréis la importancia de cer-
rar esta noche la puerta aun á doña Giu-
letta.

— ¿ Quién lo duda, señor? Ante todo
son los asuntos de la República.

— No podeis figuraros, señor Soranzo,
cuanto agradezco á la suerte el haber-
me proporcionado un compañero como
vos para el Consejo secreto.... Creed-
me: nunca como ahora he desempeñado
tan terrible cargo con mas grata com-
pañía.

Este lisongero discurso, que el viejo y
astuto senador dirigiera probablemente á
cuantos le asociara la casualidad en la in-
quisicion durante su larga vida, fué muy
bien acogido, y se le contestó con iguales
y corteses razones.

— Parece que el honorable señor Ale-
jandro Gradenigo era uno de los que nos
han precedido, continuó mirando unos
papeles (pues aunque los tres jueces fue-
sen durante el ejercicio de sus funciones
desconocidos á todos, excepto á algunos
secretarios y ministros del Estado, la as-

tuta política veneciana trasmitía los nombres á sus sucesores). Es un sugeto muy benemérito y enteramente decidido por la República , continuó.

— Ese es un asunto felizmente arreglado, respondió el viejo senador que habia contraído desde largo tiempo la costumbre de no acordarse de cuanto la política creía conveniente sepultar en el olvido luego de conseguido el fin que se propusiera : las galeras necesitan de brazos, y S. Marcos debe marchar con la cabeza erguida.

El señor Soranzo, que habia recibido de antemano algunas instrucciones para entrar á ejercer su tenebrosa jurisdiccion, estaba taciturno y pensativo.

— ¿ Teneis que comunicarme asuntos importantes ? les preguntó.

— Señor , hay razones para creer que el Estado acaba de sufrir enorme pérdida. Ambos conoceréis á la heredera de Tiepolo.

— Doña Giuletta habla de ella con elogio , respondió Soranzo.

— No hay una joven mas hermosa en Venecia , dijo el inquisidor tercero.

— Pues con toda su hermosura y riquezas , creo que la perdimos para siempre. Don Camilo Monforte , á quien Dios proteja hasta que no necesitemos de su influencia , por poco nos la arrebata ; pero cuando desconcertaba el Estado todos sus planes , ha venido sin duda la doncella á manos de algun aventurero.

Paolo Soranzo creyó que la hija de Tiepolo se hallaba en poder del joven napolitano.

— Un secretario me ha comunicado la desaparicion del duque de Sta. Agueda, observó Soranzo, y tambien que la falúa que se empleara en comisiones delicadas no está en el puerto.

Los dos ancianos miráronse uno á otro como si empezasen á sospechar la verdad. Viendo que nada podian sacar en limpio de este asunto, no trataron de malgastar el tiempo en vanas é inútiles quejas.

— Traemos entre manos al presente dos asuntos de la mayor urgencia, repuso el mas anciano de los senadores: el cadaver del viejo pescador debe sepultarse con tranquilidad, y es preciso evitar nuevo tumulto; despues hay que disponer de ese peligroso Jacobo.

— Muy util seria apoderarse de su persona, replicó Soranzo.

— Ya está en poder del tribunal.

— Pues envíese al patíbulo sin tardanza.

Otra vez se miraron ambos ancianos: era evidente que como los dos habian sido en otras ocasiones miembros del Consejo secreto, usaban ciertas señas de inteligencia desconocidas de su compañero, no obstante observarse en sus miradas el deseo de contemporizar con los sentimientos del nuevo miembro del Consejo, antes de entrar mas abiertamente en las prácticas de sus deberes.

— Por la gloria de S. Marcos, señor, que la justicia tenga libre ejercicio en esta circunstancia, continuó el joven senador. ¿Qué piedad debe inspirarnos un asesino? Uno de los mas hermosos derechos de la autoridad que nos está confiada es el de

hacer un acto público de justicia tan merecido.

— Teneis razon, señor Soranzo, en rendir este homenaje á nuestros derechos, respondió el mas anciano. Se han encontrado en la garganta del leon varias acusaciones contra el napolitano Monforte; y de jo á vuestra prudeacia, mis ilustres colegas, el cargo de decidir sobre ello.

— La maledicencia se descubre á si misma, replicó el nuevo miembro de la Inquisicion. Por vida mia, señor, que estas acusaciones son el resultado de algun particular encono, é indignas por lo mismo de la atención de la República. He tratado mucho al duque de Sta. Agueda, y puedo asegurar que entre nosotros no hay un caballero de mejores prendas que él.

— Sin embargo, aspiraba á la mano de la hija de Tiepolo.

— ¿Y es delito en la juventud buscar la belleza? Ha prestado eminente servicio á esa dama, y no es extraño que en su edad se haya aficionado á ella.

— Venecia tiene tambien sus aficiones como el mas joven de todos nuestros patrios.

— Pero Venecia no puede desposarse con la heredera.

— Decis bien: S. Marcos debe contentarse con representar el papel de un padre prudente. Sois todavía joven. Doña Giuletta es de una rara belleza; y sin embargo, cuando mas adelantado en edad, pensareis de distinto modo sobre la fortuna de los reinos y de las familias. Empero gastamos inútilmente el tiempo en estos asuntos; y puesto que nuestros agentes nada han descubierto, lo que ahora mas urge es tratar del Bravo.

— Paréceme que al efecto podríamos reunirnos en la sala de la Inquisicion para interrogar al acusado. Es un proceso importante, señores; y decaeria la opinion de Venecia si el mas poderoso de sus tribunales no tomase en ello el interés que muestra en sus fallos.

— Córtese la cabeza á ese monstruo, exclamó de nuevo el señor Soranzo.

— Ese será probablemente su destino, ó acaso el de morir enrodado. Un examen mas maduro nos ilustrará sobre lo que debe dictar la política.

— No puede ni debe haber mas que una política cuando se trata de proteger la vida de los ciudadanos: nunca hubiera deseado abreviar la existencia de nadie; pero en este proceso anhelo ver ejecutada la sentencia.

— Vuestra laudable impaciencia quedará en breve satisfecha; porque previendo lo urgente del asunto, mi compañero, el digno senador que comparte nuestras delicadas funciones, ha dado con mi ausencia las órdenes conducentes al efecto... Ya es hora de trasladarnos á la sala del Consejo.

Entonces la conversacion giró sobre asuntos generales. Este tribunal extraordinario y secreto, que no tenia lugar determinado para sus asambleas, y podia dar sus decretos en la Piazzeta y en el palacio, en medio de las máscaras ó ante el altar, en las brillantes reuniones ó en el domicilio particular de cualquiera de sus miembros, extendia su jurisdiccion á toda clase de negocios. Como el acaso del nacimiento decidiera sobre los individuos que debian componerle, y como Dios no ha eriado á todos los hombres á propósito para llenar funciones tan crueles,

sucedia muchas veces, cual en el caso presente, que dos de sus miembros se veían en la necesidad de combatir las disposiciones generosas de un compañero.

El senador Soranzo era de un carácter naturalmente dulce, y sus hábitos domésticos contribuyeran á favorecer sus buenas disposiciones: hiciera como todos los Venecianos un profundo estudio de la política de la llamada República; y el poder de los intereses colectivos, al par que una necesidad imperiosa, hiciéronle adoptar muchas teorías que hubiera desechado con horror á presentársele bajo otras formas. Sin embargo, estaba muy distante de comprender los efectos de un sistema que por su cuna debia sostener, cuando Venecia misma rendia parias á la opinion pública, presentando solo á la Europa una falsa exposicion de sus principios políticos.

Con estas disposiciones fué admitido So-

ranzo en el Consejo de los Tres. Muchas veces en los sueños de su juventud mirara las altas funciones de que estaba revestido como el término de toda su ambicion: mil cuadros del bien que podia hacer habian exaltado su tierna imaginacion; y solo avanzando en la vida y cuando tuvo un conocimiento mas extenso y exacto de las arterias del Senado, llegó á persuadirse de lo que hasta entonces juzgara como imposible. Sin embargo, entró en el Consejo, dudoso y desconfiado; y si hubiese vivido en un siglo mas cercano al nuestro y bajo el mismo sistema, aunque modificado por los conocimientos que presta la invencion de la imprenta, es probable que fuera Soranzo un noble de la oposicion, sosteniendo algunas veces con ardor las medidas del bien público.

Sus colegas encontraron mas dificultad de la que creyeran para prepararle á cum-

plir con los deberes de un hombre de Estado, tan diversos de los que hasta entonces desempeñara como hombre privado. Uno y otro se asemejaban á dos elefantes del Oriente, poseidos del instinto y de las calidades generosas de un animal tan noble, pero amaestrados por una fuerza extraña á su naturaleza y reducidos á ser las criaturas de convencion, colocados al lado de un novel individuo de su especie recién salido de las llanuras natales, á quien debian enseñar nuevos ejercicios de trompa, nuevas afecciones y el modo de llevar con dignidad el *hoirdah* de un rajah.

Los ancianos miembros del Consejo continuaron la conversacion con repetidas alusiones á su política, pero sin hablar de sus intenciones directas hasta el momento en que debian reunirse en el palacio del Dux. Separáronse con el mismo misterio con que se congregaran, para que ningun ojo vul-

gar pudiese penetrar el secreto de su caracter*.

El mas anciano acudió á una reunion de patricios embellecida con la presencia de nobles y agraciadas damas; de la que se ausentó sin que nadie pudiese concebir la menor sospecha. El segundo visitó á un amigo moribundo; habló largamente con un religioso sobre la inmortalidad del alma y los deberes de cristiano; y despues abandonó el aposento, habiendo recibido la bendicion del sacerdote y los elogios de los asistentes.

Soranzo volvió á entrar en el seno de su familia, en cuya compañía se mantuvo

Los inquisidores de Estado visitaban de noche el palacio de S. Marcos, donde moraba el Dux, en el que entraban y salian por puertas secretas, cuya llave tenian. En estas expediciones habia tanto riesgo en verlos, como en ser visto de ellos.

hasta la hora designada. Doña Giuletta volvió del paseo mas bella que nunca, pues la brisa del mar dió una nueva frescura á la tez de sus mejillas. Su melodiosa voz, los alegres acentos del primer hijo y los de la doncella de cabellos dorados, resonaban todavía en el oido de Soranzo cuando su gondolero le desembarcó en el puente de Rialto: acomodóse allí la máscara al rostro, y cubriéndose bien con la capa, mezclóse entre la muchedumbre. Caminó hasta la plaza de S. Marcos con poco ó ningun riesgo de que le observasen, porque el disfraz era tan frecuentemente util para la oligarquía de Venecia, como necesario para eludir su despotismo y hacer tolerable á sus habitantes la residencia en la ciudad. Paolo vió que muchos pescadores de las lagunas, de tostado rostro y desnudas piernas, entraban en la catedral, adonde quiso seguirlos: acercóse á un altar mal

alumbrado en el cual todavía se oraba por el alma de Antonio.

— ¿Era el difunto compañero tuyo? preguntó á uno de ellos cuyos negros ojos centelleaban en la oscuridad como los de un basilisco.

— Sí, señor, contestó; y nunca hombre mas honrado ni justo arrojó sus redes á las lagunas.

— ¿Ha perecido víctima de su oficio?

— ¡Votová Judas! Nadie sabe como ha muerto. Dicen algunos que S. Marcos deseaba ya llevarsele al paraíso; pero no falta quien asegure que ha caído á los golpes de un asesino llamado Jacobo Frontoni.

— ¿Y qué razones podian asistir á un Bravo para escoger una víctima tan oscura?

— Teniendo la bondad de responderos vos mismo á esa pregunta, me ahorrais el trabajo de contestar á ella... ¿Por qué? Aseguran que Jacobo es vengativo, y que el bochorno y la rabia de verse vencido en la última regatta por otro mas viejo que él, le han arrastrado quizá á cometer tal exceso.

— ¿Tanto aprecia su habilidad como gondolero?

— ¡Par diez! Acuérdomo de cuando Jacobo hubiera preferido la muerte á dejar de ser el primero en una carrera de barcas; pero esto era antes que ciñese el puñal. A seguir manejando el remo, nadie le hubiera negado la preferencia; pero toda vez reconocido por un perdonavidas, no parece razonable que dé tanta importancia á un premio otorgado en los canales.

— Puede muy bien que cayendo en uno de los canales...

— ¿Quién lo duda, señor? Eso sucede todos los dias; pero nosotros pensamos que es mas prudente nadar hasta alcanzar el barco, que dejarse ir á fondo.... El viejo Antonio tenia en su juventud un brazo que podia conducirle desde el muelle al Lido.

— Acaso se hirió al caer, y esto le imposibilitaria de ayudarse.

— Si asi fuese, presentaria señales que lo manifestasen.

— ¡Pues qué! ¿No habrá recurrido al puñal Jacobo.

— Quizá no con Antonio. Se ha encontrado su góndola en la embocadura del gran canal, á media legua de su cadaver

y contra el viento... Señor, nosotros hablamos así de estas cosas, porque las comprendemos.

— Buenas noches, pescador.

— Felicísimas, señor Excmo.; respondió el habitante de las lagunas, en extremo satisfecho por haber cautivado tan largo tiempo la atención de una persona que creía muy superior á él. El miembro del Consejo salió del templo; continuó su camino sin ser conocido, pues había muchos y secretos medios para introducirse en el palacio en términos de que nadie lo notase; y allí se agregó con los colegas que hacían parte del tremendo Tribunal.

CAPITULO V.

.....

Ya se ha visto de que modo el Consejo de los Tres tenía sus asambleas públicas, si á algo de lo que tiene relación con este cuerpo misterioso puede dársele el nombre de público. En esta ocasión se veían